

Este novelista norteamericano ha sido para nosotros una verdadera revelación, y creemos que a una gran mayoría de lectores les habrá sucedido lo mismo. Miller es un místico de la arqueología. Es un espíritu agudísimo y sutil que dirige toda su fuerza impulsiva hacia el origen del hombre, quizás mejor hacia una añoranza trágica de este hecho divino, que intuye con su temperamento de poeta del espíritu y de la ciencia.

«El coloso de Marusi» es el relato de un viaje a Grecia. Esto en su contenido general; ahora, en el contenido íntimo de la obra es un canto a las fuerzas primitivas, a la íntima aproximación del hombre con su origen, como ya hemos dicho. La prosa de Miller es emergente estilete que zahiere y resuena en voces totales de belleza. Es un exponente claro y conciso de literatura surrealista en alguna de sus partes. Anotemos como una de las páginas más exponentes del libro, el relato en que el autor nos habla de Louis Armstrong, hecho para la paz y la alegría: «la paz es maravillosa, cantaba durante todo el día». En el relato, figura Louis como hijo de Agamenon. Otro de los hijos de éste, Epaminondas, hecho para la guerra y la civilización. Miller odia a Epaminondas porque trajo la guerra y la civilización, y a lo largo del libro no desaprovecha ocasión para lanzar su anatema contra estos dos hechos motores de la humanidad. La guerra es el avance cruento de la civilización. La civilización, en sí, es la racionalización o la materialización de los hechos del espíritu. Las antiguas civilizaciones lo eran del espíritu; nuestra civilización es científica. Nuestras reacciones son mecánicas y no emotivas. Nuestro mundo tiene un ideal, la máquina, con ella se forjan las realidades presentes y futuras. El mundo antiguo tenía una



## El Coloso de Marusi

de Henry Miller

fuerza, el espíritu, la totalización de las esencias del hombre en un concierto de pujanza y de postura capital. Con estas palabras intentamos justificar las ideas de Miller sobre lo viejo y lo nuevo, sobre lo antiguo y lo moderno, sobre lo helénico y lo occidental. De Grecia nos dice Miller en un momento feliz de su obra: «La tragedia griega no consiste en la desaparición de una gran cultura, sino en el aborto de una visión grandiosa». «Nuestros ojos en definitiva no alcanzan a valorar la grandeza de lo helénico, de la que nos apartamos por el exceso de admiración hacia unas piedras convertidas en un hecho sólido y estático, calladas a todo mensaje del espíritu, ante las cuales nos admiramos en forma gratuita». «A eso llaman la tumba de Agamenón. Bien; tal vez uno llamado Agamenón descansaba aquí. ¿Y qué? ¿voy por esto a quedarme parado abriendo la boca como un idiota? No lo haré. Me niego a detenerme en este hecho demasiado sólido. Aquí me elevo no como poeta, narrador, cuentista o mitólogo sino como espíritu puro.»

Hay en la obra sentencias escalofrantes como ésta: «El griego antiguo era un asesino: vivía en un mundo de evidencias brutales que atormentaban y enloquecían su espíritu. Estaba en guerra con todo incluso consigo mismo. De esta feroz anarquía salieron las especulaciones metafísicas, bálsamo del alma, que aún hoy día dominan el pensamiento humano».

He ahí en este profundo

juicio sobre lo helénico, en lo que se puede convertir un libro de viajes en manos de un totalista del espíritu como es Henry Miller. No da idea solamente de lo que es, en sí, el viaje físico, sino que lo primordial es el mensaje que va calando en su alma la tierra que fué sosten de un hito humano, motor de la civilización de nuestro occidente.

Muestra constante de su integralismo se manifiesta en esta frase. «Me gustan los hombres que llevan el tiempo en la sangre». Este complejo de sangre y tiempo nos impresiona, ¡tanta belleza esconde y tanta irrealidad!

«Nos hemos convertido en nómadas del espíritu «La ciencia en evolución de cultura nos ha hecho perder el alto concepto de expresión superior que fuera patrimonio de fenecidas culturas.»

En su obra sienta juicios sobre los ingleses como estos: «Los ingleses miran y sufren debido a su incapacidad de contagio con el medio ambiente». Los franceses no quedan más bien parados: «El francés pone límite a todo para sentirse en su casa». En cambio, dice del griego: «La forma griega de caminar es anárquica y completamente humana a fuerza de discordancias». Estos juicios dejan entrever claramente el concepto agresivo del autor hacia la cultura occidental, y no digamos nada de la americana.

Encontramos en la obra de Miller un pasaje de una calidad humana y un calor emocional que está a tono con la propia personalidad lite-

raria del autor que ya hemos esbozado. Se refiere a una mujer que viera en las ruinas de Atenas, a quién juzga y retrata con estas palabras tan complejas y completas al mismo tiempo. Esta mujer es según él «niña, virgen, angélica, seductora, sacerdotisa, prostituta, profetisa, todo de una pieza», ello nos hace estremecer y soñar en este cenit ideal de nuestro instinto. En esta definición se esconde toda una escala de valores de atracción que han sido atributos de la mujer desde siempre.

Henry Miller personaliza el coloso de Marusi con el griego Katzambalis, de ahí el título de la obra. Este personaje tremenda y tragicamente humano es de un desdoblamiento tan sutil que en el mismo se manifiesta milímetro a milímetro las cualidades y defectos de lo helénico. Es el hombre a plena naturaleza. La descripción de este personaje a través de la obra tiene una calidad literaria maciza y consistente. Es una fuerza viva que hace vibrar las conciencias cegadas por el progreso, y vueltas de espaldas al impulso originario del hombre, cual es su armónica fuga hacia la superación del ser.

Este escritor americano es un producto extraño de la civilización estadounidense. Es una raíz helénica entre el cemento, los rascacielos y la potencialidad externa del engranaje de la gran nación americana. Es un temperamento reaccionario que de los valores históricos y de civilización hace una postura con la cual se enfrenta al avance progresista y científico. Su postura no es el canto de cisne de un desplazado, es un temblor que se expande hacia el infinito, es un hombre aferrado a una estrella al que no ciega lo inaudito de la valoración primaria y total del hecho humano.

Luis Bosch C.

**Pedro Arará Planellas**

Rbla. Vidal, 22 y 24

FRUTA SELECTA

**J. AVELLANA**

**Bar ELDORADO**

SE VENDE

TRICICLO PARA REPARTO  
como nuevo

Razón: Carretera de Palamós, 6

**Hotel "LES NOIES"**

**Hostal de La Gavina**

**Agua de MALAVELLA**

Representante SEBASTIAN MESTRES

**O. CASELLAS**

PINTURA - DECORACIÓN